

publicidad de los debates y su publicación libérrima en la prensa diaria. Ninguna de estas condiciones vitales tenía el senado, y faltaba al cuerpo legislativo la libre discusión de sus debates en la prensa. De suerte que la publicidad de sus debates era solo aparente; es decir, que la parte de la nueva organización política que su autor había inventado, según decía, para vigilar los actos del gobierno, no era en realidad sino una comedia en que figuraban poderes aparentes, con una actividad también aparente, para contentar á la nación francesa.

En vista de los hechos, que demostraban que el nuevo poder era ultra-monárquico y hasta despótico, la conservación de los nombres de república y de Presidente era un engaño que no podía durar más de lo absolutamente indispensable; y el 7 de noviembre de 1852 se dió el paso decisivo para acabar con este engaño. El senado decretó el llamamiento al pueblo para un nuevo plebiscito. El decreto decía: «El pueblo francés pide el restablecimiento de la dignidad imperial en la persona de Luis Napoleón Bonaparte, en calidad de hereditaria, y le autoriza para arreglar la sucesión en la familia Bonaparte como está previsto en la resolución del senado del 7 de noviembre.» El plebiscito de 21 de noviembre de 1852 adoptó la proposición por 7.824,189 votos contra 253,145. Una nueva resolución del senado hizo las modificaciones necesarias en el texto de la constitución y añadió algunas disposiciones nuevas: cada senador recibió un sueldo anual de 30,000 francos y cada miembro del cuerpo legisla-

tivo un sueldo mensual de 2,500 francos durante el tiempo de las sesiones. Respecto de las actas de las sesiones destinadas á la publicidad se decidió que serían redactadas por el presidente de la cámara y los presidentes de secciones, pero que no contendrían más que las operaciones y los votos del cuerpo legislativo, es decir, la materia del orden del día y las resoluciones de la asamblea. El juramento que según el artículo 14 debía prestarse á la constitución, decía para en adelante: «Juro obediencia á la constitución y fidelidad al emperador.»

El 1.º de diciembre de 1852 el que hasta entonces había sido Presidente de la república adoptó el nombre y título de: *Napoleón III, por la gracia de Dios y la voluntad de la nación, emperador de los franceses*, en presencia del senado y del cuerpo legislativo, reunidos á este efecto en el palacio de Saint-Cloud; y el 22 de enero de 1853 reunió en las Tullerías el senado, el cuerpo legislativo y el Consejo de Estado para anunciarles su casamiento con la hija de la condesa de Montijo, diciendo en su discurso los motivos que le habían hecho renunciar á casarse con una princesa de familia soberana, en estos términos: «Cuando se ha sido elevado por la fuerza de una nueva idea política á la altura de las antiguas familias soberanas, no se logra la admisión entre estas familias queriendo penetrar en ellas á cualquier precio. Vale más quedar fiel á su origen, no negar su sello particular y confesar ante la Europa con franqueza su situación de advenedizo, título de gloria si es debido al libre voto de un gran pueblo.»

LIBRO CUARTO

LA LIBERACION DE ITALIA Y LA ELEVACION DE PRUSIA

CAPITULO PRIMERO

LA GUERRA DE CRIMEA Y EL CAMBIO DENTRO DE LA CONFEDERACION ALEMANA

En 26 de noviembre de 1852, poco antes del restablecimiento del imperio, contestó Thiers á un inglés amigo que le preguntaba si creía que podía haber guerra, lo siguiente (1): «No solamente creo la guerra probable, sino segura. No puedo decir si estallará en un año ó en dos, pero sé que no tardará más de tres años. Mis temores se fundan ya en el carácter de Luis Napoleón, ya en el de sus súbditos. Luis Napoleón es imitador, como lo son todos aquellos cuyo gobierno es ó pretende ser una restauración. Empezó con un 18 brumario y una apelación al sufragio universal, el poder más ciego y más peligroso que hay. Ahora se hará emperador. Siendo Presidente era su categoría igual á la de vuestra reina ó de Nicolás; ahora será un soberano y como tal su categoría entre sus hermanos coronados, si es que le llaman hermano, vendrá después de la del gran duque de Baden. ¿Puede imaginarse que se contente con un imperio enclavado entre la Bélgica, la Prusia, el Hesse y la Baviera? Ya ha realizado con toda felicidad dos actos del drama de su tío. Está V. seguro que tratará de darnos el tercer acto también. Además es irritable y todos sus vecinos le miran con hostilidad. Cree con razón que temen su poder y que miran á su persona con una mezcla de odio y de menosprecio. Todas las partes saben que la otra acecha la ocasión del ataque, y un día ú otro alguna de ellas creará que ha llegado la ocasión. Estas, sin embargo, son causas superficiales para una guerra; otra más profunda está en el carácter de la nación diabólica que Napoleón tiene á sus espaldas, ó mejor dicho, bajo sus pies. Usted conoce la historia del monstruo que despedazó á su maestro cuando éste no tuvo ocupación que darle. Un monstruo por este estilo es la Francia. ¿Cree usted que el pueblo más inquieto, más movedizo, más ambicioso, más osado y de menos conciencia que el mundo con temido y ha admirado jamás, se conformará con estar como un centinela ruso con el arma al brazo, en la oscuridad y en silencio, sin derecho á moverse, á hablar, á oír y hasta á ver? ¿Y todo esto después de tres siglos de agitación? Desde el principio del siglo XVI, en que la Europa, antes habitada por una multitud de tribus, se cristalizó en naciones, no ha estado la Francia jamás sin motivos de guerra dignos de su actividad y de su vanidad. Primero hubo las guerras de Italia

(1) *Conversaciones con Thiers, Guizot y otros personajes durante el segundo imperio*, por el difunto N. William Senior, publicadas por su hija M. C. M. Simpson. Londres, 1878, tomo I, págs. 115-116.

de Carlos VIII y de Francisco I; luego los tiempos turbulentos de las cuestiones religiosas; después vino el tiempo brillante de Luis XIV, el soberano más francés que ha reinado en Francia. Cuando se hubo agotado el humor guerrero de Francia con las conquistas hechas y enfiado por las derrotas, se arrojó la nación en las cavilaciones y las letras. París se hizo la capital intelectual del mundo. Entonces se construyeron las palancas que vencieron á la superstición y al feudalismo. Las frivolidades de los salones de París dictaron la ley al gusto y á las opiniones de Europa. Cuando nos hubimos atracado de religión antigua y de filosofía, nos dedicamos á la monarquía. Esta fué alimento para tres años. Después necesitamos veinte años para destrozar y tragarnos la Bélgica, la Holanda, la Italia y la España, y cuando vosotros nos hubisteis quitado este entretenimiento se nos dió una nueva ocupación, una novedad más seductora si cabe que las pasadas, la vida parlamentaria. Las miradas de toda Europa estaban dirigidas á la tribuna de la cámara; estadistas y oradores ocupaban la atención del mundo en lugar de los generales y diplomáticos. Estuvimos orgullosos de vernos tan grandes en las luchas oratorias como lo habíamos sido en las luchas armadas. Los nombres brillantes y continuamente diferentes vinieron á satisfacer nuestra vanidad, nuestra curiosidad, nuestra tendencia á intervenir y á extralimitarnos, y lo que era igualmente importante, nuestra alegría del daño ajeno; éramos felices al saber que Thiers era atacado por Guizot y que Guizot ponía en un brete á Thiers. Todo esto ha acabado súbitamente; palcos y butacas están todavía llenos de espectadores que quieren admirar, criticar, aplaudir y silbar; pero se ha bajado un telón delante del escenario, un telón pintado con adornos imperiales de gran tamaño, pero que no deja ver ni la pieza ni los actores. Un año nos ha dejado atolondrados el golpe de Estado; el imperio y la coronación nos ocuparán seis meses, y otros seis meses entretendrán el casamiento y sus fiestas; pero cuando todo esto haya pasado hay que darnos algo para ocupar nuestra imaginación y nuestra actividad.» A esto observó el interlocutor de Thiers que acaso el comercio, las fábricas y los ferrocarriles darían alimento á la actividad diabólica del pueblo francés y satisfarían su sed de agitación. Pero replicó Thiers: «De ningún modo. El público francés no pregunta si recorre en una hora cinco ó treinta leguas, si sus puertos están vacíos ó llenos, si Ruan y Lyon florecen ó pasan miseria. La vanidad, la envidia y la ambición son nuestras verdaderas pasiones y el gobierno que nos impida satisfacerlas en la tribuna, les ha de abrir una salida en el campo de batalla. Sin duda esta es una diversión peligrosa, funesta para el pueblo y quizás mortal para el gobierno, y estoy dispuesto á creer que esto da en qué pensar seriamente á Luis Napoleón, que debe

temer tanto la victoria como la derrota; pero la corriente que se le lleva es irresistible. Por la guerra es probable su ruina y por la paz es segura, y Luis Napoleón preferirá siempre una ruina lejana y acaso brillante á una caída inmediata y quizás vergonzosa.»

En efecto, en 29 de enero de 1854, un año después de su casamiento, el emperador de los franceses dirigió una carta al emperador Nicolás, por vía de preludeo de la guerra con Rusia. La necesidad de emplear la actividad del pueblo francés en una guerra, había producido su efecto más pronto de lo que Thiers había previsto. Sin embargo, no había sido al principio la intención de Napoleón el desahogar el humor guerrero francés allí donde la Francia ninguna ventaja podía sacar. Puede probarse que Napoleón solicitó desde un principio muy seriamente el favor y la alianza de Rusia (1) y que su defensa de los antiguos derechos de la Iglesia latina sobre ciertos lugares santos de Palestina no fué consecuencia de hostilidad alguna contra la Rusia, sino de una satisfacción que Napoleón quería dar al clero en su propio país para conservar su influencia sobre los electores. Si se observa que ni con una palabra se mencionan los Santos Lugares en el tratado de paz de 30 de marzo de 1856, se tendrá por cierto que estos lugares no fueron la causa verdadera de la guerra. Napoleón necesitaba una guerra, pero no la quería con Rusia: la guerra con Rusia fué provocada únicamente por el emperador Nicolás, según resulta de los siguientes hechos. En 31 de diciembre de 1852 envió Napoleón á San Petersburgo la declaración de que estaba dispuesto á entenderse con Rusia amistosamente respecto de los Santos Lugares. En 9 de enero de 1853 el emperador Nicolás tuvo con el embajador inglés Hamilton Seymour la primera de sus famosas conversaciones sobre el reparto de la Turquía. Por una singular coincidencia el embajador francés, á las pocas horas, en 10 de enero, anunció al canciller ruso que el gobierno francés había enviado en 31 de diciembre á San Petersburgo una proposición conciliadora. Desde entonces lo más tarde estuvo enterado el emperador de un paso que había satisfecho en gran manera al conde de Nesselrode; más esto no impidió que en 14 de enero volviera á hablar el emperador con mayor franqueza todavía con el embajador inglés sobre el reparto de la herencia del *hombre enfermo*, es decir, de la Turquía, sin relacionar este asunto ni remotamente con la cuestión que estaba sobre el tapete y que solo giraba al rededor de los Santos Lugares, cuestión muy próxima á un arreglo. Después que Nicolás hubo escrito en 17 de enero una carta muy amistosa al emperador de los franceses, envió en 10 de febrero al príncipe de Menschikoff á Constantinopla para provocar la ruptura que desde un principio había meditado. El emperador Nicolás estaba embriagado de su victoria sobre la revolución, pues en el año 1849 había entregado al emperador de Austria la Hungría vencida y se creía con derecho á la gratitud inextinguible de este soberano. Después en 1850 había contenido la revolución en Alemania por la actitud enérgica que tomó en Varsovia, imponiendo su voluntad á los gabinetes de Viena, de Berlín, de Francfort, de Cassel y de Kiel y siendo obedecido en todas partes sin réplica. En seguida quiso emprender la cruzada contra la media luna, en cuya guerra contó que el mundo cristiano tomaría una parte activa al servicio de la Rusia, ó cuando menos permanecería en actitud de neutralidad amistosa, y en ningún caso se pondría de parte de los infieles. Los preparativos de guerra fueron hechos con tanto apresuramiento como si el emperador temiese el derrumbamiento

(1) Geffken: *Materiales para la historia de la guerra de Oriente*, 1853 á 1856; Berlín, 1882.

de la Turquía antes de que él estuviese apercibido para apoderarse de las ruinas. Envió órden de poner en pié de guerra el 4.º y el 5.º cuerpo de ejército, acantonados cerca de la frontera turca, sin decir una palabra ni á su canciller, ni á su ministro de la Guerra, ni siquiera á su privado de mas confianza, el príncipe de Orloff. El príncipe de Menschikoff en Constantinopla, sin atender á ninguna formalidad diplomática, conducta nunca vista en la diplomacia, insistió en exigencias que no podían menos de obligar á la Turquía á la defensa armada, á pesar de toda la cortesía empleada en las entrevistas; y cuando el gobierno turco no contestó á un *ultimatum* del todo imposible que el conde de Nesselrode dirigió en 31 de mayo al ministro Reschid-Bajá, los rusos en 3 de julio de 1853 pasaron el Prut y entraron en los principados danubianos (2). Esta guerra, preparada de larga fecha y ardientemente deseada por el emperador Nicolás, fué para él una serie de amarguísimos desengaños y de derrotas militares y diplomáticas. En setiembre quedó patente que el emperador de Rusia no tendría de su parte á ninguna de las grandes potencias y que muy al contrario tendría contra sí á lo menos tres de ellas. En octubre el gobierno turco, sin esperar ningún aliado, le declaró atrevidamente la guerra; en noviembre el general Omer-Bajá pasó el Danubio para atacar á los rusos en la Valaquia, que ya consideraban como suya, y les derrotó completamente en 2 de noviembre en una acción sangrienta cerca de Oltenitza. En Calafat los turcos erigieron un baluarte, contra el cual fueron inútiles todos los ataques rusos. Si no era posible expulsar de la orilla izquierda del Danubio al ejército del *hombre enfermo*, quedaban desvanecidos todos los planes que el emperador de Rusia había basado sobre la sublevación de los pueblos cristianos de la península balcánica. En 30 de noviembre el vice-almirante ruso Naschimoff sorprendió y echó á pique una escuadra turca en el puerto de Sinope. El emperador Nicolás se llenó de júbilo por este hecho de armas, en su opinión glorioso; pero entonces las escuadras de Francia é Inglaterra penetraron en el mar Negro, y de las explicaciones de los gobiernos sobre este acto resultó la gran guerra del año 1854. En 12 de marzo de este año, Francia é Inglaterra pactaron su alianza con la Turquía; en 14 de marzo los cónsules de las dos naciones en Constantinopla intimaron á la Rusia la evacuación de los principados danubianos para el 30 de abril, y en 18 de marzo recibieron los mismos cónsules la contestación del canciller ruso, diciendo que su soberano no creía conveniente responder á la intimación. En 27 de marzo la Francia y la Inglaterra declararon la guerra á la Rusia, y en 10 de abril firmaron en Londres un tratado de alianza con el objeto «de restablecer la paz entre la Rusia y la Sublime Puerta sobre bases duraderas, y de proteger á la Europa contra la repetición de tan lamentables complicaciones que acababan de interrumpir desgraciadamente la paz general.»

Las dos potencias se obligaron á ayudar con sus fuerzas terrestres y marítimas á la Turquía; á no dar oídos hasta haber conseguido el objeto de la alianza á ninguna proposición de paz, y á no hacer ningún convenio con la corte de Rusia sin haberlo acordado previamente en comun. Al propio tiempo declararon que «animadas del deseo de mantener el equilibrio europeo, lejos de abrigar intenciones egoístas, renunciaban á sacar ventajas particulares de los sucesos que pudieran ocurrir.»

Diez días después, el 20 de abril de 1854, se firmó en Ber-

(2) En el anuario de la *Revista de Ambos Mundos* de 1853 y 1854 se encuentran las exposiciones clarísimas de la marcha de los sucesos y de la política de los gabinetes.

lín una alianza ofensiva y defensiva entre Austria y Prusia, en la cual el Austria empleó por postrera vez toda su influencia y preponderancia sobre la corte de Berlín.

En el primer artículo de este tratado se garantizaban los dos monarcas mutuamente la posesión de sus territorios alemanes y no alemanes, de tal suerte «que todo ataque dirigido contra los territorios del uno, de cualquiera parte que viniera, sería considerado por el otro como dirigido contra sus propios territorios.» Esta obligación no era, como decía el tratado, mutua, porque solo el Austria tenía territorios no alemanes y la Prusia á obligarse á proteger territorios austriacos no alemanes como si fuesen prusianos, contra un compromiso que nunca había contraído hasta entonces.

El artículo 2 decía: «Al propio tiempo, las altas potencias contratantes se consideran obligadas á proteger los derechos é intereses de Alemania contra todo daño, y por lo mismo obligadas á rechazar en comun todo ataque contra cualquiera parte de sus dominios también en el caso de que una de ellas se viera forzada, de acuerdo con la otra, á tomar la ofensiva para proteger los intereses alemanes.»

Según el primer artículo, la Prusia debía hacer la guerra cuando el Austria fuese atacada por cualquiera; y según el artículo segundo, se obligaba á hacerla también cuando el Austria por conveniencia propia la hiciera, bajo el pretexto de defender un derecho alemán.

En el artículo 4.º se prometían las dos potencias invitar á todos los Estados de la confederación á entrar en la alianza, en la inteligencia de que los deberes federales previstos en el artículo 47 del acta final de Viena y que incumbían á los Estados que entraran en la alianza, recibirían la extensión necesaria al cumplimiento del tratado. En otros términos, el Austria quería con el auxilio de la Prusia obligar á toda la confederación alemana á tomar las armas contra la Rusia.

Finalmente decía el artículo 5.º: «Mientras dure este convenio ninguna de las dos potencias puede celebrar con otra alianza que no estén en perfecto acuerdo con las bases aquí estipuladas,» lo cual quería decir que la Prusia renunciaba al derecho de contraer alianzas, derecho al cual ninguna gran potencia puede renunciar. Este convenio fué firmado por la parte de Austria por el barón de Hess, general de artillería, y el conde de Thun-Hohenstein, embajador extraordinario del Austria en Berlín, y por la parte de Prusia por el barón de Manteuffel, ministro de Prusia, que se había dejado engañar como un niño por los otros dos. Fué, pues, ni más ni menos que la *unión* con el Austria, y la *unión* en la peor forma imaginable, sin ningún sacrificio por parte del Austria; la *unión* con todos los peligros, sacrificios y renunciaciones por parte de la Prusia y sin la concesión mas modesta relativa á su misión alemana. Con este convenio podía verse comprometida la Prusia en una guerra con la Rusia y hasta ser el teatro principal de semejante guerra, la menos natural del mundo, en la cual vertería su sangre en provecho de otros y nada podría ganar, antes en el mejor caso tendría la enemistad perpétua de la Rusia. Entretanto la Francia, la Inglaterra y el Austria podrían hacer sus paces con la Rusia, dejando á la Prusia en la estacada. A esto se habría llegado si en Francfort se hubiese dirigido la política de la Prusia como en Berlín. Por fortuna para la Prusia y la Alemania no fué así, gracias á Bismarck-Schonhausen, que en esta ocasión realizó su primera obra grande, y al cual veremos ahora en el terreno de su política alemana.

En 4 de mayo de 1851 Oton de Bismarck, hasta entonces simple propietario rural noble, fué agregado á la embajada ó representación prusiana en el consejo federal de Francfort como consejero de la legación, cuyo jefe era el barón de Rochow. Las primeras impresiones que las maneras del presi-

dente de la dieta ó consejo federal, el representante del Austria, conde de Thun-Hohenstein, produjeron en Bismarck fueron tales, que á pesar de sus ideas feudales y de su veneración al Austria, perdió ya todo el entusiasmo y toda la fe en esta potencia. Su primera comunicación confidencial del 26 de mayo de 1851 (1) prueba que al instante había penetrado hasta el fondo las intenciones del representante austriaco y comprendido al mismo tiempo toda la política austriaca representada por el príncipe de Schwarzenberg. Del conde de Thun dijo en la citada comunicación: «Yo le considero un adversario peligroso para los que de él se fían, en lugar de pagarle en la misma falsa moneda;» y de la política de Schwarzenberg le pareció «que no debía esperarse jamás que hiciera justicia, por la única razón de ser la injusticia la base de su política. Su política parece ser la del jugador que aprovecha las ocasiones que le depara la suerte y que además de proporcionarle beneficios materiales halagan su vanidad, como se vé por los aires de elegante y atrevido abandono é indiferencia que adoptan estos hombres.»

Antes de tener que entrar en ningún asunto oficial con los representantes austriacos, había conocido ya Bismarck que la norma de su política debía ser la desconfianza perpétua, para no dejarse engañar por los aires de franqueza campechana y honrada de aquellos diplomáticos.

En 5 de julio, Rochow, hablando de Bismarck, destinado á sucederle en el puesto de representante de la Prusia en el consejo federal, se expresó en estos términos: «Este hombre distinguido, elegido por el rey de entre muchos patriotas verdaderos para este cargo espinoso, posee tan brillantes cualidades de carácter y de inteligencia, que suple abundantemente lo que por lo pronto le pudiera faltar con otras cualidades utilísimas y dotes tan grandes como raras. Es sin disputa una joya de la nobleza alemana, el orgullo de aquellos varones bien intencionados que trabajan constantemente con valor y devoción por el lustre de la corona y el honor y seguridad de la patria, y casi estoy por decir que una persona como él es en muchos conceptos demasiado buena para este puesto, donde bastan cualidades menos brillantes, mientras las que posee el señor de Bismarck parecen mas llamadas á un supremo puesto en el interior de la patria, donde fuera menester proceder con energía.» Pocos días después de escrito este informe llegó el príncipe heredero Guillermo de Prusia á Francfort, y cuando el embajador Rochow le acompañó á la fonda, el príncipe, que había saludado muy amablemente á Bismarck, dijo al representante prusiano: «¿Y este teniente de la reserva está destinado á ser el representante de Prusia en el consejo federal?» A lo cual respondió Rochow: «Por cierto que sí, y yo creo la elección buena; el señor de Bismarck es vivo, vigoroso y responderá ciertamente á todas las exigencias de vuestra alteza.» A esto no tuvo nada que replicar el príncipe, que en general tenía una buena opinión de este distinguido adalid de los derechos de la Prusia.

En 27 de agosto de 1851 Bismarck fué presentado al consejo federal como representante de la corona de Prusia y tuvo el gran disgusto de ver que el conde de Thun ocupaba la presidencia con un levitín de verano de color claro, que aunque abotonado dejaba conocer la falta de chaleco, y con una corbata reducida á la menor expresión. Su discurso y modales correspondían al abandono del traje, pero no la manera de insistir en sus derechos como presidente del consejo. Bismarck, que le había hecho personalmente su visita de presentación, había recibido solamente la simple tarjeta de

(1) Poschinger: *La Prusia en la dieta ó consejo federal*, Berlín, 1882-1884, tomo IV, pág. 1.